



REVISTA DEL ÁREA DE CIENCIAS SOCIALES DEL CIFFYH

ISSN 2618-4281 / Nº 5 - Año 2019 / revistas.unc.edu.ar/index.php/etcetera/

PERLITAS

La fiesta de Hangar, 25 años después

Dr. Mario Rufer

mariorufer@gmail.com

Universidad Autónoma Metropolitana
División de Ciencias Sociales y Humanidades
Xochimilco - México

CORRECCIÓN LITERARIA

Rocío Aloy

Recibido: 24 de octubre de 2019 / Aprobado para publicación: 21 de noviembre de 2019



Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFFyH está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

La fiesta de Hangar, 25 años después

Caminar por la Avenida General Paz en una madrugada fría de cualquier viernes de agosto a finales de la década de los noventa. Las caras reconocidas en una mirada cómplice. Una parada rápida en Colón y Tucumán. Ahí siempre estaba Euge apoyada sobre el canto de la persiana baja de un banco cerrado. En la penumbra.

La Euge nunca esperaba a que le habláramos:

- *¿Descuentos para Hangar chicos?*
- *Dale, dos por favor.*

Uno de los actos del reconocimiento, decía Eelco Runia, es la renuncia a la glosa, al comentario sobre uno mismo o a la explicación. “Soy..., quiero..., vengo a...”. Nada de eso era necesario en el circuito que en los años 90 rodeaba al *Hangar 18* y que empezaba mucho antes de sus puertas: la previa del *Beep*, la esquina citada, la caminata habitual atravesando el río. La complicidad se pactaba en la mirada certera. Hoy que está tan de moda hablar de comunidad, comunalidad, comunitarismo y demás anexos; hoy que parece transparente esa palabra - obviando casi siempre las aristas conservadoras y autoritarias que *también* puede encarnar ese concepto/entidad en las prácticas-, me pregunto si aquellos jóvenes de los 90 no éramos, de algún modo, una comunidad tácita y ocasional: sin grandilocuencia, sin la necesidad de la definición, ni del encuentro obligatorio, ni del ritual de paso. Una comunidad de reconocimiento: en el placer interdicto o en el más simple de los disfrutes impedidos como bailar, a los 20, con quien se te dé la gana y como se te dé la gana.

25 años después, *Hangar 18*, el emblemático boliche gay de Córdoba (no diré ni diverso, ni LGBTTTT+, ni inclusivo de nada: era, para todo el mundo, “el boliche gay”) reabría sus puertas por una noche. Una sola noche.

Ni siquiera recuerdo cuándo fue que cerró. A inicios del milenio, el ámbito restringido de *la loca* se desplazó y dio paso al abanico variopinto que trajo consigo, paulatinamente, la posibilidad de revisarlo y nombrarlo (casi) todo de forma más o menos pública. Se ha insistido mucho sobre cómo este ejercicio fue un aparato ambiguo que en la medida en que nombró y reconoció, también captó y administró subjetividades. Pero el *Hangar* perteneció a un tiempo bisagra: ni tan *closeteros* ni tan *open*. El suyo -y por ende el nuestro- fue un tiempo de la ambigüedad refractario a la definición, como son las ocasiones creativas de lo político.

En mi caso, no acompañé el derrotero cordobés de los espacios que vinieron después, ya entrada la década del dos mil con la modificación urbana del “ambiente” cordobés: los lugares *gay friendly*, la noche alternativa, las fiestas circunstanciales. Pertenecí a ese lapso donde las opciones del fin de semana eran dos: *Hangar 18* y el legendario *La Piaf*. Suficientemente distantes entre sí -en el mapa geográfico tanto como en el social-, la asistencia asidua a cada uno era un juego de posiciones.

25 años después, *Hangar*, en efecto, reabría sus puertas por una noche. Encajaba casi exactamente con un dato contundente: se cumplían 17 años de mi partida de Córdoba y coincidía con una corta estancia mía en la ciudad. Imposible perdermelo (y los amigos de la vida, todos ellos amigos del viejo *Hangar*, hicieron lo suyo para que eso no pasara). ¿Con qué nos íbamos a encontrar? ¿Con quiénes? La expectativa (en cualquier comunidad ocasional -la que no se nombra, la que no se obliga-) es la más obvia: ver a quienes habitualmente estaban y con quienes tal vez jamás cruzamos palabras pero hasta sobrenombre tenían: “Candadito”, “la musculoca”, “el Pancho”. Y así fue. Una fiesta del reconocimiento: entre frentes amplias, barbas encanecidas o teñidas y cuerpos que saben siempre hacer hablar al tiempo. El encuentro de generaciones también se hizo evidente esa noche: los que conocían por interpósita voz el relato mítico, querían “estar ahí” por unas horas y bailar. Un espacio para celebrar la risa y recordarla. Porque aunque suene a Perogrullo, en *Hangar 18* siempre nos reíamos a carcajadas.

“Hangar 18. 25 años después” tuvo lugar en la zona del antiguo abasto de la ciudad de Córdoba la madrugada del feriado del 19 de agosto pasado; y quizás lo que hable por sí solo del *tipo* de encuentro de que se trató, es que la fiesta no se

hizo en el espacio físico del viejo boliche. De hecho, muchos de los que asistimos ni siquiera lo habíamos entendido ni nos había importado demasiado. *Stricto sensu*, *Hangar 18* no “reabrió sus puertas”. Porque la fiesta nunca es el espacio. Se hizo en otro lugar de la zona que poco tenía que ver con la distribución del antiguo galpón que conocíamos palmo a palmo: la entrada amplia, la pista poliédrica, las jaulas del costado, el escenario exiguo. El lugar era otro y lo que se reabrió, por unas horas, fue su sentido. Un ejercicio de memoria sobre lo que bajo ese significante fuimos y de lo que hacíamos en aquellos años, sobre el espacio libertario de placer, goce y alegría que fue insustituible, al menos para muchos de los que en aquel entonces nos rebuscábamos a nosotros mismos. Ahí nos dimos cita otra vez: los que vivíamos fuera, los ahora casados, los “regenerados”, los felizmente perdidos, los empecinados en la fiesta y los viejos amigos héteros del *Hangar*.

Quisiera ser preciso. No fue, al menos para mí, una fiesta de la nostalgia: a nadie se le hubiera ocurrido pedir un retorno a Edén o codiciar los tiempos perdidos. No tiene sentido y a eso lo sabemos todos. Tampoco fue un descarnado encuentro generacional, como esas cenas de egresados con la patética medición de éxitos y fracasos en *selfpresentations* dramatizadas: no fue así porque donde median el baile, las miradas, el movimiento de los cuerpos y no el relato, el formato de la interacción es más arbitraria y, por lo tanto, más libre. No había tampoco cabida a nuestra histeria de los noventa. No porque haya perdido su lugar (histeria y *gaytud* son casi un pleonismo en la cultura media argentina): pero, verdad sea dicha, para escudarnos se inventaron las aplicaciones digitales. Nosotros ya estamos (más) viejos y esa era la hora de bailar.

Al reconocimiento de esa noche también se lo debemos a las divas que se hicieron presentes como la fiesta manda. Cuando las vi en escena con la vitalidad intacta para bailarle a la vida, recordé una corta entrevista televisiva a María Félix que no pude volver a encontrar. En ella, un periodista mexicano le preguntaba a La Doña cómo hacía para no envejecer. Con su estilo habitual y la mirada incrédula, ella respondió algo como esto: “pero niño, si el trabajo de las divas no es estar siempre jóvenes porque eso es imposible. El secreto está en hacerles creer a todos que nunca seremos viejas. La diva burla por un rato a todo lo que parece”. Así se presentaron aquella noche como si 25 años, en efecto, no fueran nada: Antara, María Laura, por supuesto Néstor. Confieso que nunca hablé con ellas, ni en



aquellos años ni ahora. Y sin embargo, para todes les que estábamos allí, no hay equívoco posible y los nombres bastan.

Cuando la fiesta terminó y las luces se encendieron, ya no volví caminando por la avenida ni atravesé el río castañeando los dientes. Los hábitos de vivir la ciudad en la que fui otro, también cambiaron junto con el cuerpo. Sin embargo, a mí me quedó una extraña sensación que adivino compartida, y es la de haber honrado a un lugar que nos ayudó a muchos, entre baile y música, a moldear lo que Stuart Hall llamó “el trabajo de la identidad”: no el de afirmar quiénes éramos, sino el de poder decidir con mayor libertad en quiénes queríamos convertirnos.



Sobre le autore

MARIO RUFER es Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba, y Doctor en Estudio de Asia y África por el Colegio de México con Especialidad en Historia y Antropología. Actualmente es profesor investigador Titular C en la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana en Xochimilco. Es coordinador del Doctorado en Humanidades en la misma casa de estudios. Es investigador nacional del CONACyT Nivel 2.